



Nancy Prada, Susan Herrera,
Lina Lozano y Ana María Ortiz
“¡A mí me sacaron volada de allá!”,
relatos de mujeres trans desplazadas
forzosamente hacia Bogotá
Secretaría General de la Alcaldía Mayor
de Bogotá, D.C, y Universidad Nacional
de Colombia, Bogotá, 2012, 287 págs.

Durante los últimos 30 años Colombia ha sido el escenario de un violento conflicto armado entre la guerrilla más antigua del continente, poderosos narcotraficantes, paramilitares y el Ejército Nacional. Esta guerra ha traído trágicas consecuencias humanas y ha cambiado drásticamente las dinámicas espaciales e identitarias del país, pues ha provocado el desplazamiento forzado de unos cuatro millones de personas, es decir, el diez por ciento de la población. Ante esta situación han surgido esfuerzos que intentan dar cuenta del impacto que estas migraciones han tenido en la memoria, el paisaje, las dinámicas y la cotidianidad de las ciudades; sin embargo, en la mayoría de los casos dichas iniciativas no tienen en cuenta aspectos como la raza, el género, la orientación sexual

o la identidad de género. Las narrativas que supuestamente (re)construyen la historia reciente de las ciudades sufren de una peligrosa miopía y dejan por fuera muchas voces que hacen parte de esta experiencia. Al explorar la interseccionalidad entre memoria histórica, ciudad, identidad de género, orientación sexual y conflicto armado, *¡A mí me sacaron volada de allá!* es un estudio pionero en las ciencias sociales colombianas y ofrece un valioso aporte a la hora de repensar los procesos de (re)construcción nacional y nuevas ciudadanía para la paz.

El libro es el resultado de un riguroso proyecto de investigación adelantado por el Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, a cargo del desarrollo del componente de Memoria y Derechos Humanos del Programa de Investigaciones Académicas de la Dirección del Archivo de Bogotá, dirigido por Nancy Prada Prada, Susan Herrera Galvis, Lina Tatiana Lozano Ruiz y Ana María Ortiz Gómez. El texto recoge los testimonios de diez mujeres trans desplazadas forzosamente hacia Bogotá y hace un análisis comparativo de sus experiencias de migración, su llegada a Bogotá y su situación actual.

Estas entrevistas constituyen la columna vertebral del texto y son su mayor contribución. Desde el comienzo las investigadoras son claras respecto a que el énfasis en la perspectiva biográfica es clave para el proyecto investigativo, pues solo así es posible construir “contra memorias” (p. 28). Esto es, voces que al no ajustarse a los parámetros sobre los que descansan las “ficciones fundacionales” ponen de relieve las muchas exclusiones que configuran nuestros cuerpos físicos y nacionales. Más aún, las autoras se alinean con teorías que perciben la práctica de reconstrucción de la memoria como un acto político en sí mismo y arguyen que

[...] abogar por la reconstrucción de memorias silenciadas u oprimidas, representa una condición irrefutable de *reconocimiento social*, más aún, cuando [...] dichas personas han sido vulneradas y afectadas en la idea que de sí mismas poseen, cuando su (des)valorización en tanto ciudadanos/as les ha hecho sentir que no tienen ningún significado para la comunidad a la que pertenecen (p. 29).

No es entonces gratuito que incluso antes de comenzar a leer el libro resalten las voces de las mujeres trans. El paratexto en su conjunto es un homenaje a sus testimonios: las imágenes de la portada y las del inicio de cada una de las entrevistas son el resultado de un ejercicio de líneas de tiempo hecho por las participantes como parte del trabajo de reconstrucción de memoria individual y colectiva; y el título mismo, así como los subtítulos de dos de las cuatro secciones, son citas textuales de las narrativas de las mujeres. Lo anterior prioriza el lenguaje que ellas usan para narrar su propia experiencia, y ubica su manera de verse a sí mismas –y al conflicto armado– por sobre la mirada científica de las investigadoras. Son las palabras de Xiomara las que, al explicar las causas de su desplazamiento hacia Bogotá desde Cali –una de las ciudades con mayor presencia de narcotraficantes y una de las más azotadas por el conflicto armado–, resumen la experiencia de las demás y dan nombre al proyecto:

A mí me sacaron volada de allá del barrio, porque como yo era travesti, como en el barrio en donde yo vivo eso es macabro, me sacaron y me dijeron que yo no podía vivir allá [...] unos hombres, uno malos de por allá, unos que mataban, unos sicarios pues, que no podían ver maricas por allá. Y yo como era la única travesti del barrio, claro, pues me sacaron [...]. Un

día me cogieron un poco de hombres de moto y me dijeron que yo no podía vivir en el barrio, que allá habían muchos niños, que esto, que lo otro. Yo les dije ‘¿qué?, ¿por qué? Si yo soy también del barrio’ y me dijeron que me daban 24 horas para que me fuera y entonces, como ellos tienen manipulado el barrio, yo mejor me voy antes de que me maten (p. 117).

Lo interesante aquí es que esta experiencia de persecución y acoso nos llega con los ritmos, los términos y las ambigüedades de su discurso. Como Mara Viveros Vigoya aclara en el prefacio, la decisión de transcribir los testimonios “ciñéndose en lo posible a sus formas, ritmos y matices narrativos” evita la violencia epistémica que implicaría la imposición de un lenguaje más “apropiado” y “correcto” para definirse a sí mismas, y permite que “fluyan sus voces, recuerdos y la elaboración y resignificación de sus experiencias pasadas y presentes” (p. 12).

Más aún, las cuatro partes del libro están organizadas en torno a las voces de Samantha, Xiomara, Valeria, Victoria, Carmen, Débora, Brenda, Sharon, Amanda y Alexa. Tras un prefacio y una breve introducción, la primera parte explica el enfoque metodológico utilizado por las investigadoras, la segunda está constituida por los relatos de vida, en la tercera se hace un riguroso análisis de los testimonios de las diez mujeres y se identifican aspectos estructurales en sus relatos y la cuarta y última es una sección de anexos que contextualizan la situación de violencia específica de cada una de las diez regiones de origen de las personas entrevistadas, lo que contribuye a individualizar aún más la experiencia de las mujeres que colaboraron con el proyecto y reconoce las especificidades del conflicto armado colombiano. En consecuencia, también desde la estructura del libro se priorizan las narrativas personales,

con lo que se logra un balance entre el respeto a la individualidad de las participantes en el proyecto, el reconocimiento de la manera específica en la que el conflicto armado ha impactado sus vidas y un análisis científico de la información que identifica elementos comunes y ofrece una perspectiva general –no generalizadora– de la difícil situación que enfrentan muchas personas con experiencia de vida trans en Colombia.

En este sentido, el primero de los documentos de contexto es de especial interés, pues consta de un mapa de Colombia en el que se especifica la proveniencia de cada una de las mujeres y se hace un recuento histórico de la evolución de la guerra en estos municipios y/o departamentos. Las investigadoras explicitan los nombres de los agentes armados que operan en estos territorios, resumen sus prácticas y su impacto en la población y utilizan cifras específicas del desplazamiento forzado referidas a los lugares de origen de las entrevistadas. Esto es de vital importancia pues si bien muchas personas con experiencia de vida trans sufren discriminación y maltrato en Latinoamérica, el libro resalta cómo la ideología conservadora de grupos como las Autodefensas Armadas de Colombia, que tenían un conocido programa de reordenamiento territorial y social, golpeó dramáticamente a los colectivos y a las personas trans, pues uno de sus objetivos principales era restaurar los valores patriarcales y jerárquicos que consideraban perdidos. Todo y todas/todos los que representaban una transgresión a ese orden debían ser eliminados o desplazados. Una y otra vez, los testimonios hablan de cómo fueron identificadas por los grupos armados, específicamente por la percepción que la comunidad tenía de su orientación sexual o su identidad de género, y cómo se les dio ultimátum para abandonar sus comunidades si no querían asumir las brutales

consecuencias de contravenir las órdenes de los comandantes.

En este contexto, Bogotá se presenta como la mejor, y muchas veces la única, opción. Aunque la violencia del conflicto armado ha sido palpable en todo el país, la capital colombiana presenta una situación más estable de orden público. Ninguna de las mujeres declara haber tenido una visión utópica de Bogotá antes de llegar, pero el saber que allí no serían blanco de los grupos armados influyó en su decisión. Con sus ocho millones de habitantes, Bogotá representa también la posibilidad de reinventarse a sí mismas, de encontrar una comunidad más amplia, de contar con mayores opciones laborales.

A estos hallazgos la investigación añade otros elementos estructurales de la sociedad colombiana que hacen que las mujeres trans enfrenten retos desproporcionados. Algunos de los resultados más preocupantes del estudio muestran que: 1) el hogar colombiano no es un espacio de protección y refugio, sino un primer lugar de rechazo y violencia perpetrada, sobre todo, por las figuras masculinas que lo constituyen (padres, hermanos, tíos, etc.). Lo anterior ocasiona el rompimiento de los vínculos familiares y un abandono temprano del hogar: en 9 de los 10 casos las mujeres abandonaron su casa antes de los 18 años y en 6 de ellos la salida ocurrió antes de cumplir los 15 años. 2) El acoso escolar es causa de deserción con graves consecuencias para asegurar empleos estables y bien remunerados en el futuro, lo que a su vez conlleva una “transexualización del trabajo” (p. 150); esto es, la existencia de un muy limitado número de profesiones que se ven como posibilidades laborales viables para personas con experiencia de vida trans, básicamente la peluquería y/o el comercio sexual. 3) Experimentan una discriminación rampante por parte de las instituciones encargadas de defenderlas y

protegerlas, en particular del sistema de salud y de la Policía Nacional.

Al abrir un espacio en el que las mujeres trans pueden expresar su frustración con algunos sectores de la sociedad colombiana, *¡A mí me sacaron volada de allá!* se une a las voces que denuncian situaciones de discriminación y violencia similares y proporciona herramientas útiles a la hora de exigir el reconocimiento de la responsabilidad del Estado y demandar cambios institucionales que garanticen el cumplimiento de los derechos humanos de ciudadanos y ciudadanas.

Pese a denunciar el maltrato, la marginalización y la impunidad que han caracterizado las vidas de estas diez mujeres, el libro hace un excelente trabajo al no revictimizarlas ni mostrarlas como seres carentes de agencia. Por el contrario, al permitirnos compartir sus historias de primera mano, *¡A mí me sacaron volada de allá!* resalta la presencia activa de estas mujeres en nuestras ciudades y países, y nos exige incorporarlas en nuestra experiencia social y

nacional, enfatizando que “no existe un único relato del conflicto y de la experiencia de vivir en Bogotá y que es necesario incorporar en la narración de estos acontecimientos, recuentos como los que proponen estas *mujeres trans*” (p. 11).

Para finalizar, cabe resaltar que un proyecto investigativo que tenga en cuenta las voces de las mujeres resulta de por sí novedoso en un país que a penas está empezando a discutir la importancia de incluir una perspectiva de género en su análisis del conflicto armado, y el hecho de que éstas sean, además, mujeres trans. Por todo lo señalado, el presente texto marca un punto de quiebre dentro de los procesos de visibilización e inclusión de experiencias no normativas en las narrativas identitarias locales y nacionales.

Juliana Martínez
Profesora, American University,
Estados Unidos